

LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

IX

RIVAS GROOT J. (1863-1923). Colombianos Contemporáneos. Los poetas. *La Lira Nueva*. Bogotá, Imprenta de M. Rivas & C^o 1886. XXIV. 417. Págs. 14 x 21.

A tiempo que Julio Añez publicaba por entregas el *Parnaso Colombiano*, entre 1886 y 1887, en donde agrupó a la mayor parte de los poetas nacionales neoclásicos y románticos del siglo XIX, bajo los auspicios de la Librería Colombiana, de Camacho Roldán & Tamayo, ensayaban sus primeras armas unos cuantos poetas noveles, a favor del entusiasmo inagotable y el poderoso estímulo intelectual de D. José Rivas Groot, quienes formaron una especie de cenáculo literario, cuyos integrantes ansiaban substituir los viejos moldes poéticos, entrados en desuetud, por otros remozados y nuevos, a la manera como lo estaban haciendo en Europa, especialmente en Francia, los bardos modernistas de la época. Del prupo, capitaneado por Rivas Groot, formaban parte, entre otros, Ismael Enrique Arciniegas y Carlos Arturo Torres, Diego Uribe y Alejandro Vega, Joaquín González Camargo y Emilio Antonio Escobar, Rivas Frade y los Hermanos Flórez, Ernesto León Gómez y Manuel Medardo Espinosa, José María Garavito y Alirio Díaz Guerra, Antonio José Restrepo y otros que, andando el tiempo, ocuparían lugar muy visible en la literatura nacional, como José Asunción Silva.

De las tertulias literarias de estos jóvenes poetas, surgió la idea de publicar un florilegio, con poemas selectos de todos ellos, que se llamaría *Liras Amigas*, título que en definitiva fue cambiado por el de *Lira Nueva*.

Uno de los más señalados poetas de este grupo juvenil, que habría de desempeñar años más tarde papel sobre modo preponderante en la política, en el periodismo y en las bellas letras, D. Ismael Enrique Arciniegas, evocaba, ya en el ocaso de su vida, en uno de sus *Paliques* memorables, lo que fue el movimiento literario de la *Lira Nueva* y los propósitos que animaron a sus iniciadores.

“Anhelábamos, —dice Arciniegas— independencia de temas y moldes gastados, pero no pretendíamos abrirnos camino a codazos, con ímpetus de ridícula soberbia, como algunos principiantes de ahora. Nuestra labor,

exenta de engrimiento, tenía un fin artístico... Queríamos desalojar la prosa de los versos..."

Diríase que el idearium de los poetas jóvenes de entonces lo sintetizó felizmente Arciniegas en un valiente soneto, *En Marcha*, que abre el pórtico de *La Lira Nueva*, cierto que con la viril arrogancia que la ocasión demandaba, de esta manera:

*Al porvenir con paso giganteo
Avanza ¡oh Juventud! ¡Sonó la hora!
Potente, de la sombra enervadora,
El pensamiento se alza como Anteo.*

*Los dioses ya se van, y erguirse veo
La Ciencia en sus altares vencedora.
¡Ya irradia en las tinieblas luz de aurora!
¡Ya rompe sus cadenas Prometeo!*

*La augusta voz de redención se escucha,
Y la Razón alumbra el limbo oscuro
En donde esclava la conciencia lucha.*

*¡Adelante! El combate ha comenzado:
Entonemos el himno del Futuro
¡De pie sobre las ruinas del Pasado!*

Cuenta el poeta que cuando el inflexible y austero D. José Joaquín Ortiz leyó el soneto, no las tuvo todas consigo, y, alarmado, preguntó a su autor:

—“¿Y a qué pasado se refiere?”

—“Pues al clasicismo, —contestole Arciniegas—. ¡Vamos a tumbar todo eso!”, ante el estupor del viejo poeta clásico y polemista ortodoxo.

No pocos fueron los obstáculos que los poetas de *La Lira Nueva* encontraron para la realización de sus empeños. La publicación de su antología poética fue recibida, por algunos, con estudiado silencio, por otros con rencorosa envidia. A lo que se sumó la intervención de los viejos pontífices de la crítica colombiana, inconmoviblemente anclados al pretérito, que no vacilaron en excomulgar a los audaces iconoclastas de los antiguos ídolos, propugnadores de peligrosas innovaciones estéticas, muchos de los cuales, por añadidura, se habían atrevido a poner en rima castellana sus ideas materialistas y anárquicas, como Emilio Antonio Escobar, Carlos Arturo Torres, Diógenes Arrieta, Antonio José Restrepo.

El glorioso y armonioso D. Rafael Pombo recibió con cajas detempladas la aparición del libro de los noveles poetas, y Eduardo Zuleta se ensañó, con valbuensca burla, en *La Lira Nueva*, no obstante la presencia en ella de literatos de la vieja guardia y muy de su homología intelectual, como Belisario Peña, Rafael Tamayo y José Joaquín Casas.

Pasaron los tiempos, amainó el temporal, el libro hizo carrera y los poetas verdaderamente modernistas de *La Lira Nueva* impusieron su propia modalidad estética, sustituyendo con ella al romanticismo imperante desde 1830, ya desvirtuado de todas sus excelencias por obra de infortunados cultivadores suyos.

Figuran en *La Lira Nueva* treinta y cinco poetas, con un total de 101 poesías, entre las que hay algunas de mérito sobresaliente al lado de otras que se dirían como los primeros ensayos o balbuceos de un cantor en agraz.

Rivas Groot, en el Prólogo magistral que compuso para este libro, explicó, con claridad y precisión, el programa estético renovador de los poetas de *La Lira Nueva*, trazando, de paso, un cuadro perfecto del desarrollo e influencias de la joven poesía colombiana de su tiempo.

La paternidad intelectual de Rivas Groot respecto de *La Lira Nueva*, queda ampliamente comprobada en estas palabras del Prólogo, pues no figura nombre del colector y ordenador de la antología, en la portada de la obra: "Algunos amigos, interesados por el lustre de las letras patrias e iniciados en el movimiento intelectual que de años a esta parte se verifica entre nosotros, concibieron a la vez la idea de un libro que marcara el camino recorrido y enseñara el que debía transitarse en lo venidero; y, como de acuerdo, vinieron al humilde autor de estas líneas para que lo formara, acopiando las poesías que corrían perdidas en nuestras colecciones de periódicos, o requiriendo privadamente las que, por humildad o por el sentimiento contrario, guardaban inéditas los autores, como en verdad lo son las más de las que figuran en *La Lira Nueva*...".

Señala Rivas, entre las principales influencias de anteriores literatos colombianos sobre poetas de su generación, las de los dos Caros, de Ortiz y Gutiérrez González, de Pinzón Rico y de Isaacs, de Pombo y de Fallon. Destacando la muy poderosa que ejercieron también en ellos algunos poetas españoles y extranjeros, como Núñez de Arce, Becquer y Víctor Hugo, extrañándose de que Campoamor no hubiera suscitado entre nosotros ni un solo seguidor o imitador suyo.

"Todo lo contrario diremos de Bécquer, —añade—... pues antes milagro sería encontrar un joven que no hubiera, al ponerse a medir versos, intentado hacerlos en *becquerinas*...".

De Víctor Hugo, que era uno de sus ídolos, consigna estas observaciones, que dan la clave del movimiento renovador de la poesía colombiana en 1886: "...ha tenido como ninguno otras atracciones para los espíritus abiertos, y muy especialmente (bueno es consignarlo, aunque pleonástico decirlo) para los poetas de *La Lira Nueva*. Es opinión general entre éstos que quien no estudia el procedimiento de *el Maestro*, que registró toda el arpa, no alcanza ni a mediano versista..." (Pág. XI).

Otras características importantes, de los poetas del 86, destaca Rivas, a saber: "en el fondo, la aspiración a los asuntos filosóficos docentes y la ausencia de otros baladíos...", y "en la forma, el deso de revestir la idea con imágenes que destaquen objetivamente sus contornos, y la carencia absoluta de versos agudos, agonizantes o ya muertos...",

Es admirable la independencia, el libérrimo criterio y la imparcialidad con que Rivas Groot seleccionó y ordenó las poesías de *La Lira Nueva*, por cierto que con escándalo de los pacatos de su tiempo, y quizá con pasmo de los fariseos de hoy. Lo explica el prologuista, con su lucidez característica, de esta manera:

“Con diversos propósitos y con tendencias filosóficas distintas han escrito los que figuran en esta obra; de consiguiente, en tal divergencia de asuntos, solo me restaba requerir de cada cual aquello que más lo caracterizara, aquello donde mejor exprimiera su propio ser, siguiendo ya de tal suerte esa liberal independencia de ánimo resaltante en el eminente Menéndez Pelayo...; independencia por la cual el autor de los *Heterodoxos* lo es en el arte, y como ninguno otro se dice pagano en estética y da todo su corazón a los poetas ante y anticristianos”.

En efecto, el soneto *A Carlos Darwin*, de Emilio Antonio Escobar, y las composiciones *Giordano Bruno*, de Carlos Arturo Torres, *En la tumba del General Daniel Delgado*, de Diógenes A. Arrieta, *Un canto*, de Antonio José Restrepo, entre otras, están muy lejos de coincidir con el pensamiento, eminentemente ortodoxo, del inspirador y ordenador de esta antología.

Tal le ocurriera, efectivamente, al insigne Menéndez Pelayo, por su predilección irresistible a los poetas antiguos más livianos y licenciosos —al decir de los moralistas— como Safo y Teócrito, Catulo y Petronio y Lucrecio, y por su entusiasmo por algunos poetas de su siglo, tan inspirados como ímpios, Byron y Fóscolo, entre otros, lo que le acarreó la censura de sus propios amigos, maestros y correligionarios, como Gumerciendo Laverde, Milá y Fontanals, y el propio Marqués de Valmar, su prologuista. Solo que el sabio polígrafo santanderino sonreía amablemente ante esos aspavientos, repitiendo, cada vez con más veras, lo que de sí mismo dijera su juventud:

*En arte soy pagano hasta los huesos,
Pese al Abate Gaume, pese a quien pese...*

Así Rivas Groot —guardadas las proporciones— en su selección libérrima de *La Lira Nueva*, solo se curó del valor estético de las poesías escogidas, dándonos de esa manera una obra de raras excelencias que aún hoy se lee con agrado, y que constituye documento insustituible para comprender los antecedentes y alcances del movimiento innovador de la poesía colombiana, de 1886, que tanto influjo tendría en el resurgimiento de la literatura patria.